

á sí misma : « Pelagia, por tu culpa un alma está ardiendo en el infierno. » Entonces se redoblaban sus sollozos, dábale fuertes golpes al pecho y pedía perdón á Dios. El resto de su vida se deslizó en rígida austeridad y penitencia.

Acaso haya entre nosotros, hermanos míos, algunos que podrían decir, como esta ilustre arrepentida : ! Por mi culpa arde un alma en el infierno ! Ah ! pensémoslo bien, vigilemos sobre nuestras palabras y acciones ; hagamos la firme resolución de evitar con el mayor cuidado todo cuanto podría escandalizar al prójimo y ser á su alma ocasion de ruina ; esforcémonos en dar siempre un buen ejemplo y repitamos á menudo estas palabras del santo rey David : Señor, perdonadme los pecados que no conozco y los que he hecho cometer á los demás : *Ab occultis meis munda me et ab alienis parce servo tuo*<sup>1</sup>... Así sea.

## INSTRUCCION TRIGÉSIMA NONA.

### SEXTO MANDAMIENTO.

#### PRIMERA INSTRUCCION.

LA IMPUREZA ES UN VICIO INFAME, CUAN TEMIBLE ES.

TEXTO. — *Non mæchaberis*. No fornicarás.

(Exod. xx, 14.)

EXORDIO. — Sin duda, hermanos míos, habréis oído hablar mas de una vez de S. Alfonso de Ligorio, autor de muchos libros de piedad y el mas sabio teólogo que floreció en el último siglo. Sus decisiones son otros tantos oráculos. El es tambien el guía que nos complacemos en seguir tanto en nuestras instrucciones, como en los consejos que tenemos que dar en el santo tribunal de la Peni-

1. Psal. xviii, 13.

tencia. Pues bien ; llegado este gran santo al punto de explicar el sexto mandamiento y de exponer los muchos modos de violarlo, se expresa de esta manera : « Con repugnancia entro en este asunto, cuyo solo nombre constituye no pocas veces una ocasion de peligro... Que el lector casto me perdone, si me veo obligado á bajar á ciertos detalles... Yo habria querido ser mas corto ; pero, por desgracia ! ¿ no es esa la materia mas frecuente y abundante de la confesion?... ¿ No es este vicio de la impureza el que precipita tantas almas en el infierno?... No temo afirmar, añade el santo, que la máxima parte de los réprobos se halla en el infierno por este solo vicio, y que entre los mismos no se encuentra uno solo que no sea á lo menos culpable sobre este punto. Me he visto, pues, obligado por el bien de las almas é instruccion de los confesores á tratar este asunto con alguna extension, tratando empero de hacerlo con la mayor reserva... Mientras leais mi trabajo, levantad vuestro corazon á Dios y encomendaos á la Virgen sin mancha, para que guarden vuestra alma y vuestro corazon puros<sup>1</sup>. » Así habla este santo Doctor con la autoridad y experiencia que le daban su santidad y mas de cincuenta años pasados en predicar misiones, en convertir y confesar pecadores.

Y al empezar, hermanos carísimos, la explicacion de este mandamiento, siento yo tambien, no sé que perplexidad y repugnancia. Por una parte me temo decir mas de lo conveniente, por otra es igualmente de temer que no diga lo bastante. Esto que era una verdad en tiempo de S. Ligorio, lo es todavía mas en nuestros días. Sí, todos los días la impureza arroja al infierno gran muchedumbre de almas, y las tres cuartas partes de los que son arrastrados á aquel lugar de tormentos, lo son por este vicio innoble y funesto. Es, pues, indispensable ilustrar esas almas, disipar sus ilusiones y por medio de la instruccion despertar en ellas la fé y los remordi-

1. Léanse en la *Teología Moral* de este santo doctor las reflexiones que preceden la explicacion del sexto mandamiento. Mejor que ningun otro sentía este modelo de misioneros las dificultades que ofrece esta importante materia, cuando uno intenta tratarla de una manera útil y práctica.

mientos en sus corazones. Oh, Espíritu divino, Espíritu de santidad y prudencia, descendad de lo alto, inspiradme palabras castas, poned por guarda á mis labios la reserva y prudencia. Y vos, Virgen, purísima é inmaculada, hacedme la gracia que ninguna de mis expresiones pueda escandalizar, ni aun á los mas flacos, y alcanzad para mis oyentes pensamientos santos y castos.

PROPOSICION y DIVISION. — Dividirémos en cuatro instrucciones todo lo que me parece conveniente deciros con respecto á este mandamiento. Hoy, ayudado de la gracia de Dios, trataré de haceros comprender *primero*. que la impureza es un vicio infame; y *segundo*: cuan temible es este vicio. Despues en las siguientes instrucciones indicarémos las causas, los efectos y los remedios tambien de este vicio.

*Primera parte.* — Hermanos carísimos, para hacernos una idea cabal de la enorme gravedad del vicio prohibido en el sexto mandamiento, basta recordar la manera, con que Dios lo ha castigado... Dios es justo, y siempre sus castigos son proporcionados á la gravedad del pecado. Adán desobedece en el paraíso terrenal; Cain mata á su hermano Abel; esos eran dos grandes crímenes. El uno atraía sobre el género humano todo género de azotes; el otro cortaba en su raíz todas las generaciones que debían nacer de un justo. Dios, irritado, expulsa del paraíso terrenal á nuestro primer padre; en cuanto al hermano fratricida, le entrega á la tortura de los remordimientos y le condena á vagar errante sobre la tierra... Pero, á pesar de todo, Dios no dice: « ¡ Pésame de haber criado al hombre! »... Pero cuando la inmoralidad se hubo derramado por todo el universo, cuando, segun el expresivo lenguaje de la Escritura, *toda carne habia corrompido su camino*; cuando, es decir, el vicio de la impureza se hizo comun y universal, entonces no se que nubarrón parece turbar la serenidad majestuosa del Eterno. Mas aun que el fratricidio y que la rebelion de nuestros primeros padres, esta profanacion de la imágen divina del Criador, causada por degradantes pasiones, hace prorumpir al Señor en esta amarga queja: « Me arrepiento de haber formado al hombre!... » Asi que, como sabeis, el castigo fué terrible. El diluvio vino á anegar á to-

dos los culpables y á lavar la tierra de las manchas con que estaba contaminada... Mas tarde lloverá fuego del cielo sobre Sodoma y Gomorra, estas ciudades desaparecerán junto con sus moradores; un agua turbia y fétida, imágen en cierto modo de los crímenes que atrajeron la venganza del cielo, se estancará hasta el fin de los tiempos en el lugar que ocuparon dichas ciudades. ¡ Tanta verdad es que la santidad de Dios detesta este vicio infame!... »

Otra prueba aun, hermanos míos... La reperiacion que por nuestras culpas ofreció el dulcísimo Redentor de nuestras almas á su eterno Pádre, fué completísima. A cada uno de nuestros pecados correspondió uno de sus dolores. La hiel que bebió, fué en expiacion de nuestras golosinas y embriagueces; los bofetones, la corona des espinas, la cruz, los clavos, las acusaciones calumniosas fueron en reparacion de los funestos efectos producidos en nosotros por el orgullo, el amor desordenado de los honores y de los deleytes de la vida. Pero, hermanos carísimos, me hace temblar y estremecer el pensar en el suplicio que la Justicia de su Padre exigió á esta adorable Víctima en expiacion del vicio, de que os estoy hablando... Ponderad...

Hé aquí á Jesús llegado á la cima del Calvario, en donde le despojan de sus vestiduras... Dejad aparte los dolores sufridos por este inocente cordero, cuyas llagas se renuevan con ese bárbaro despojo, y fijad vuestra atencion en el ultraje y humillacion suprema que se infiere al divino Salvador, exponiéndole así desnudo á las miradas de los espectadores desvergonzados. Leemos en la Vida de los santos que mas de una vez los ángeles vinieron á proteger el pudor de las vírgenes cristianas, condenadas por la ignominia pagana á ser expuestas en lugares pésimos. Unas veces envolvía el cuerpo de estas dignas esposas de Jesucristo una luz deslumbradora, simbolo de la gloria que las aguardaba allá arriba. Otras veces una nieve improvisada envolvía á manera de lienzo el cuerpo de la virgen, ocultándolo á los torpes miradas de la multitud. Pero aquí, en el Calvario, oh dulce Jesús, ningun mensajero celestial vino á cubriros con su sombra, ninguna luz deslumbradora envolvió vuestros sagrados miembros. Sí, el hijo castísimo de la

mas casta de las madres bebió hasta las heces ese cáliz de vergüenza é infamia, padeciendo en todo lo que hay de mas sensible y repugnante... Angeles custodios, celestes compañeros, que nos seguís en todas partes con vuestra presencia, decidnos: ¿ porqué ese estado ignominioso y qué culpas expía nuestro Jesús con esa sensible desnudez? — Expía, contestan esos espíritus celestes, tantos crímenes infames cometidos en la soledad y en las sombras, tantas indecencias y actos culpables con que los hombres nos sonrojan y nos hacen desviar los ojos. Ah! carisimos hermanos, puede ser que mas de una vez hayais sido tentados de pensar, que los pecados contra la pureza eran actos de flaqueza, sin gravedad é importancia; osadlo afirmar, al ver esa terrible expiacion que la justicia de Dios reclama de su propio y adorable hijo!...

*Segunda parte.* — Siento, hermanos míos, insistir tanto sobre este punto. Ah! y ¿ porqué me veo obligado á añadir tambien que la impureza es un vicio de los mas temibles y al cual todos estamos expuestos?... Los demás vicios no atacan mas que á tal ó cual clase de personas, ó solamente en circunstancias particulares. Así es cosa rara encontrar á un jóven que sea avaro, al paso que se encontraría pocos viejos que fuesen pródigos. Un hombre bien educado no blasfemaré; un padre de familia será poco tentado de la pereza. El ladron mismo quiere pasar por hombre honrado en sociedad y no osaría perpetrar sus robos ante los ojos que le atisban; y en fin, cuando estamos solos no solemos experimentar la tentacion de murmurar ó calumniar. Mas este vicio infame, prohibido por el sexto mandamiento, ataca todas las edades, todas las condiciones y en todas las circunstancias.

Digo todas las edades, pues sucede muchas veces que niños, que todavia no han llegado al uso de razon, estén ya tocados de ese cáncer. Ellos no sabrán sus oraciones, ignorarán los primeros rudimentos del catecismo, pero si han sido mal educados, si sus padres no han observado el debido recato en su presencia, si sobre todo les han permitido frecuentar malas compañías, en este caso es muy de temer que tales niños estén ya iniciados en innobles y funestos secretos. No hay porque decir cuan sometidas se hallan á

la maldita influencia de esta degradante pasion la juventud y la edad madura. Pero á lo menos habrá privilegio de exencion en favor de la vejez?... No, hermanos míos, no; este vicio infernal puede encontrarse ya no digo en la vejez, sino en la decrepitud misma! Hay unas montañas que llaman volcanes, cuya cima aparece cubierta de nieve, pero cuyo seno esconde fuegos devoradores; así tambien es fácil encontrar viejos de cabeza calva ó cubierta de blanco cabello, pero en cuyo corazon arde con todo su furor esta vergonzosa pasion. Veréis á veces en festines de bodas ó en otras reuniones de esparcimiento mundano á ciertos viejos que se hallan al borde del sepulcro, á quienes la proximidad de la muerte debería inspirar mas altos y serios pensamientos, y que sin embargo, no son los menos escandalosos ya en sus maneras, ya en su lenguaje.

Este vicio ataca tambien todas las condiciones, de modo que no es posible hallar alguna que esté al abrigo de sus pérfidas insinuaciones. Este es el cebo mas seductor con que Satanás caza las almas, y el veneno mas eficaz con que les infiltra la muerte. Mirad esa celdilla de ramas construida en un horrible desierto<sup>1</sup>. El viejo que mora en ella, se llama Martiniano; él ha huido del mundo, su cuerpo está quebrantado por las austeridades, su alma vive sumergida en la contemplacion de las cosas divinas. Pues bien, el demonio impuro osará atacar á este atleta y si el santo ermitaño quiere salir victorioso, veráse obligado á tenderse sobre un brasero, diciéndose á sí mismo: « Martiniano, el fuego del infierno será mas abrasador y durará por toda una eternidad... Sepas, pues, resistir á la tentacion... » Y vos, gran padre S. Gerónimo, que, retirado en esa gruta de Belen, en donde nació el Salvador, pasais los días y las noches entregado al estudio y á la contemplacion de las cosas santas; ¿ porqué destrozar y magullar de esa manera vuestro pecho con esa cortante piedra? — Por rechazar los pensa-

1. Vida de los Padres de los desiertos del Oriente, tomo III, pág. 338 de la hermosa edicion publicada por M. Vivès: esta interesante obra es por desgracia poco conocida.

mientos importunos que vienen á atormentarme, aun en mi soledad... Podría tambien presentaros á un S. Francisco de Sales en e colegio, á un S. Luis en su Trono y á otros mil perseguidos por ese demonio funesto de la impureza...!

Por santa que sea una vocacion, por sagrados que sean sus compromisos, no eximen empero de las tentaciones; y el matrimonio mismo, contraido tan á menudo con espíritu poco cristiano y sin prestar la debida atencion á las prescripciones de la religion, viene á ser para muchos que en el uso del mismo apartan sus ojos de las miras de Dios, el alimento que fomenta este vicio funesto, en vez de ser un remedio que lo refrene. La persona que tiene la desgracia de dejarse dominar por esta pasion brutal, aun estando á solas y entregada á sus propios pensamientos, puede mancharse con mil pecados gravísimos, á pesar de hallarse en la presencia de Dios y de su ángel custodio. En medio de una sociedad ó reunion cualquiera las personas deshonestas no temen hacer alarde de sus procaces intemperancias, lanzando palabras y promoviendo discursos que no podrán menos de causar escándalo y producir el homicidio espiritual, de que os hablaba en Domingo último, en el corazon de los circunstantes.

Ninguna consideracion contiene al que se deja vencer por esta vil pasion... No le habéis de justicia, de honor, de delicadeza, ni de las leyes santas de la amistad ó del parentesco. Se ha visto y se vé á algunos que ni siquiera respetan su propia sangre, ni menos al ángel custodio de una criatura inocente. No han faltado jueces que han vendido la justicia y no han reparado en lanzar la infamia y la deshonra sobre toda una familia honrada... Escuchad al efecto una historia, sacada de nuestros libros santos, y ved á que maldad pudo conducir este vicio funesto á dos jueces, á dos ancianos, que hasta entonces habían gozado de la estima de todo su pueblo. En tiempo en que los Judíos vivían en cautiverio, dice la sagrada Escritura, había un varon jóven, rico y noble, llamado Joaquin... Siendo el ciudadano mas influyente de su nacion, en su casa se juntaban para hacer justicia los dos ancianos, de quienes os estoy hablando. Tenía Joaquin por mujer á Susana que, siendo muy

hermosa, era á la vez no menos virtuosa, porque sus padres, buenos y piadosos, habían puesto gran esmero en educarla en el sarto temor de Dios. Esos dos jueces, pues, concibieron una violenta pasion hacia la jóven mujer. Un día que la encontraron sola, mientras estaba haciendo su paseo acostumbrado en el jardin de su esposo, osaron hacerle proposiciones infames, amenazando delatlarla como culpable, si se negaba á satisfacer sus malvados deseos. « Serás perdida, le dicen, si no accedes á nuestras pretensiones; nosotros dirémos que te hemos sorprendido en adulterio; serás por consiguiente condenada á muerte y morirás deshonrada; todos nos darán crédito, porque somos jueces ». Susana, levantando los ojos al cielo en ademan de buscar allí un testigo y un defensor de su inocencia, contesta suspirando: Por todas partes me veo rodeada de peligros; si consiento en el crimen, ofendo á Dios que me vé, y si no consiento, no puedo escapar de vuestras manos; pero mas vale morir inocente que vivir culpable ». Enseguida aquellos dos infames lanzaron un grito que hizo acudir gente. He ahí, dijeron ellos, una mujer, á la que acabamos de sorprender en adulterio; su cómplice, como mas jóven y fuerte que nosotros, ha podido escaparse de nuestras manos. En vano protesta de su inocencia la jóven mujer calumniada, las pasiones de aquellos viles detractores se han convertido en odio mortal. Dos dias despues aquella casta y noble señora, vestida de luto y cubierta de un largo velo, acompañada de su familia que lloraba tristemente, comparecía delante de los dos viejos inicuos, que la condenaron á muerte. Ya la conducían al suplicio, cuando el profeta Daniel que, contando á penas doce años, estaba inspirado por el Espiritu divino, se presentó á justificar á Susana, y confundiendo á sus calumniadores, los hizo condenar á muerte.

PERORACION. — Ya veis, pues, hermanos míos, como este vicio infame, á la par que endurece el corazon, hace injusto y cruel. Aquellos dos jueces, sin miramiento á Joaquin que les prestaba la casa, sin respeto á la hospitalidad que se les daba, lanzan sobre su mujer miradas codiciosas. Su edad, la magistratura de que estaban investidos, parece debían imponerles una justa reserva... Pero

á lo menos la inocencia de Susana, las lágrimas de su familia excitarán quizá algún remordimiento en aquellos corazones desalmados y los contendrán en sus criminales intentos... No, hermanos míos, nada es capaz de contener á los que se dejan dominar por esta vil pasión... ¡ Oh Dios mío, alejad de nuestras almas ese vicio horrible, hacednos justos y castos, á fin de que estando unidos con vos por la gracia en la tierra, podamos gozar un día en el cielo del premio que habeis prometido á los limpios de corazón, cuando dijisteis : *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt...* Asi sea.

## CUADRAGÉSIMA INSTRUCCION.

### SEXTO MANDAMIENTO.

#### SEGUNDA INSTRUCCION.

CAUSAS PRINCIPALES DE LA IMPUREZA ; LAS COMPAÑÍAS PELIGROSAS,  
LAS CONVERSACIONES DESHONESTAS, LOS BAILES.

TEXTO. — *Non mæchaberis.* No fornicarás.

(Exodo, xx, 14).

EXORDIO. — Hermanos míos, el último Domingo os decía que, según la autoridad de un gran santo, de un misionero lleno de experiencia, S. Alfonso de Ligorio, es la impureza la causa casi única de la condenación de la mayor parte de los que van al infierno. ¿ Y porqué esto ? A mi modo de ver este funesto resultado podría atribuirse al poco horror que inspira por lo comun, especialmente en nuestros días, este vicio abominable. Lo que para un alma honesta sería motivo de vergüenza, viene á ser para muchos graciosa chocarrería, materia de risa y de diversion, siendo no pocos los que llegan á jactarse de aquello que debería ser manan-

tial inagotable de lágrimas y pesares. Se muestra celo en reprobar ciertas faltas, en detestarlas y en imprimir en los hijos un temor saludable contra las mismas... Mas con respecto á la impureza !... todo es descuido, disimulo é indiferencia !... ¡ Qué raros son los padres y madres, á menos de ser verdaderamente cristianos, que vigilen contra este vicio y presten á sus estragos la atención debida !

Muchos padres dicen á sus hijos : Hijo mío, hija mía, procurad ser honrados ; guardaos de cometer el menor robo ; los ladrones casi siempre son habidos y severamente castigados ». Después se les citan algunos ejemplos ; se les habla de los guardias, de la cárcel etc... Pero decidme : ¿ cuántos padres y madres podréis encontrar que digan : « Hijo mío, sé casto, modesto, reservado ; Dios ve el fondo de tu corazón, tu conciencia es ante sus ojos como un libro abierto ; guárdate, pues, de fomentar en su seno pensamientos malos y deseos culpables ». Reconozcámoslo, hermanos míos, este vicio innoble, este vicio infame que cubre de arrugas precoces la frente del jóven, que marchita la vista de la jóven doncella é imprime sobre sus facciones el estigma de la vergüenza, no inspira sin duda todo el horror merecido, no se le detesta como merece ser detestado...

PROPOSICION. — Esta mañana, pues, me propongo hablaros de las causas de la impureza, es decir, de las circunstancias, de las ocasiones que contribuyen á desarrollar en las almas el vicio prohibido por el sexto mandamiento de la Ley de Dios. Se cuenta entre estas causas un gran número <sup>1</sup> ; pero yo me limitaré á insistir sobre las que principalmente suelen encontrarse en nuestras pequeñas parroquias.

DIVISION. — Señalaré, pues, tres causas que producen y fomentan en las almas el vicio contrario á la santa virtud de la pureza ; de paso diré algunas palabras sobre las demás, en cuanto me pa-

1. Conocidos son estos dos versos : *Otia mensa, libri, vaga lumina, verba, sodales ; Hæc tolle, hanc minue, hos muta, hoc claude, hoc fuge, vita hos.* Evita la ociosidad, sé sóbrio en la mesa, cambia tus lecturas, mortifica la vista, huye las conversaciones y compañías peligrosas...